

Ópalo ediciones
info@opaloediciones.com
www.opaloediciones.com

Segunda edición.

© Marianela Mathis
© Ópalo ediciones.
© maquetación y diseño de portada: Daniel Moscugat.
© de la fotografía de solapa: Marianela Mathis.

Todos los Derechos Reservados.

Dep. Legal: MA 34-2024
ISBN: 978-84-122446-6-3

Queda prohibida la distribución, reproducción total o parcial, transformación o comunicación pública por cualquier vía sin contar con la autorización previa de los titulares del copyright, salvo los previstos por la ley.

Ópalo ediciones no se hace responsable de las opiniones del autor ni de cualquiera de los textos de la presente publicación, ateniéndonos a que la obra que posee el lector en sus manos puede ofrecer valoraciones personales y subjetivas del autor o los autores que no tienen que estar necesariamente secundadas por Ópalo ediciones, quien solo hace de soporte para materializar la presente edición.

MARIANELA MATHIS

**EL PRECIO
DE
VIVIR
EN LA
TIERRA**

Encuentra tu propio yo
y descubre tu misión en este mundo

*Dedicado a mis hijos
y a mi marido,
los protagonistas de mi vida.*

INTRODUCCIÓN

En este libro se explica el hilo de enlace que tenemos con nuestra madre tierra, que es el que nos permite entender los problemas que enfrenta la humanidad y que aparecen, como las plagas, cada cierto tiempo.

Con esta lectura podrás entender la vida en este mundo y saber diferenciar los sentimientos y las emociones sanas y destructivas y, al mismo tiempo, aprender cómo trabajar con ellas y entender mejor a nuestra naturaleza y a los que nos rodean; ser consciente de que es uno mismo el que se se tiene que ayudar y que nadie más lo puede hacer; conocer las consecuencias que nos traen nuestras emociones y sentimientos, así como saber lidiar con ellos; entender que cada cosa tiene su tiempo y su espacio y nada es casual sino causal; saber que las experiencias vividas siempre serán buenas para nuestra evolución en esta tierra.

La primera parte de este libro, consta de cuentos, ejemplos narrados y conectados a nuestra realidad, para poder entender a nuestro cuerpo y a nuestra alma y aprender a tener confianza en nosotros mismos. Se abarcan temas relacionados con ejemplos, cuentos y moralejas basados siempre en la realidad que vivimos como: Por qué es importante perdonarnos a nosotros mismos y cuáles son los beneficios que aporta este perdón; el trabajo en la vida diaria y la importancia de él para nosotros, en nuestra sociedad y, sobre todo, el aporte que hacemos, mediante este, a nuestra tierra. Cuáles son las herramientas para poder ser los guías de nuestra vida y por qué los cambios en nosotros mismos son importantes. Las buenas costumbres y malas costumbres que nos llevan a la fortuna o a la desgracia.

Se habla también de temas como la ignorancia, cuál es el sentido de poner la otra mejilla, la importancia de la amistad y por qué nuestra cultura influye tanto en nuestra forma de pensar.

La segunda parte está formada por temas y conceptos para poder entender nuestras emociones y sentimientos, respondiendo al Por qué y Para qué estamos en esta tierra, y poder entender el mundo, sabiendo interpretar bien el rol que nos ha tocado en esta vida.

Se explican los temas que nos llevan a adentrarnos en el descubrimiento de nuestro ser, y a entender que la felicidad y la infelicidad dependen de nosotros mismos. La felicidad y la infelicidad, por tanto, están dentro de nosotros, y todo lo que nos rodea ocurre por algún motivo. El lector aprenderá que somos el resultado de nuestras opciones, por qué estamos en esta tierra hermosa, cómo aprovechar todas las oportunidades que esta nos brinda, y entenderá por qué Dios está en cada uno de nosotros, así como por qué estamos siempre en el pasado y en el futuro y no aprovechamos el presente. Examinará las leyes de la sociedad humana y de la naturaleza y cuál es la diferencia entre estas.

La tercera parte contiene pequeños poemas y un resumen sobre la autora. Se abordan temas un poco más espirituales como: “Poema al silencio”, de cómo una niña a través del dolor descubrió su tranquilidad. “Descubrimiento de mi ser”, narra cómo desperté, aceptando mi realidad. “Algo sobre mí”, qué tengo ahora y qué me gustaría para mi próxima vida. “El cuerpo se despide”, qué sitios visita el alma antes de desencarnar. “Visitando el cielo”, la transformación del ser humano después de la muerte.

Este libro es similar a una fuerza que recorre nuestro camino brindándonos ideas espectaculares y, al mismo tiempo, sencillas para la vida diaria. Además, tiene la virtud de responder también a nuestras preguntas y ayudarnos a entender que cada día es una nueva oportunidad que nos brinda la madre tierra. No solo eso, sino que también nos ayuda a descubrir la fuerza interior que albergamos dentro, para ayudarnos a saber comprenderla, descubriendo la fuerza interior que tenemos y sabiendo interpretar que Dios está en todas partes y en ninguna. En todas partes, porque todo aquello que se mueve y tiene vida, es Dios. En ninguna parte, puesto que no puedes encontrar a Dios afuera, sino dentro de ti.

CUENTOS PARA DESPERTAR



LOS RECUERDOS VIVIDOS

Con apenas 10 años, María tenía muchas habilidades con las manos. Ella vivía en un pueblo muy pequeño y pobre junto al mar. Lo único que tenía su familia para comer era lo que pescaban sus padres, o lo que los pescadores sacaban. También las menestras y el arroz, que eso sí abundaba en ese pequeño pueblo. María tenía unos vecinos a los cuales solía visitar. Era una niña que aprendía muy rápido, con solo mirar. Su capacidad de aprendizaje era muy superior a la de cualquier otro niño, aunque era muy lerda para la concentración.

Un día, María fue con su mamá a la peluquera del barrio. La dueña era una mujer que se había quedado viuda y sin hijos, y se ganaba la vida cortando pelo. A la niña le llamó la atención la forma como la peluquera cortaba el pelo, cómo lo lavaba y lo dividía en partes muy pequeñas, para así poder cortar. La niña miraba a la peluquera con tanto interés que la madre se preguntaba si esa profesión le gustaría a su hija.

Después de ese día, la niña, muy curiosa, comenzó a experimentar con su cabello cortándolo tal y como había visto a la peluquera y experimentando también con las amiguitas, que se escondían en el baño para así poder llevar a cabo el corte de cabello.

Cuando la niña cumplió 12 años, la vecina vio esta habilidad que tenía y, queriéndose ahorrar unos centavos, le pidió el favor de que le cortara el pelo a ella también. María decía siempre que sí, “pero por la tardecita

les corto el pelo”. Pero ella, niña al fin, siempre se olvidaba de ir a cortar el pelo a sus vecinas.

Ellas insistían, rogándole: “María, por favor, ¿vienes a mi casa hoy para que nos cortes el pelo a mí y a mi hija? Mira, ya han pasado como dos semanas que siempre me dices que sí”.

Entonces María, al ver tanta insistencia de sus vecinas, y para no olvidarse, otra vez les decía: “Bueno, lo hacemos ahora mismo”.

Llevaba unas tijeras viejas de su mamá, que se usaban para cortar telas o retazos viejos que tenían para remendar. La tijera era tan vieja que, con las justas, cortaba. Al llegar a la casa de sus vecinas, María comenzó la labor primero con la madre. Al terminar, aparentemente con el pelo un poco dócil, a la señora, no se vieron las imperfecciones.

Luego vino la hija que era una niña de la misma edad de María, dotada con un pelo muy grueso que se elevaba. Cortó y dividió el cabello, pero cada vez que ella cortaba, se paraba más. María, al ver que se paraba mucho ese pelo, le cortaba más y más, pensando e imaginando que el pelo luego se acomodaría un poco hacia abajo, pero la labor no fue nada fácil. Al terminar de cortar el pelo, la niña quedó totalmente trasquilada, con tres huecos en la cabeza.

María, nerviosa y desesperada, no supo cómo decirle que le había cortado demás, simplemente dijo:

“¿Te moviste mucho cuando yo estaba cortando y no me salió nada bien! Mira, por tu culpa, lo que pasó”.

Mientras que la madre de la muchacha miraba atónita la cabeza de su hija. Se asustó porque, en realidad, estaba totalmente trasquilada. La niña, al mirarse al espejo y ver todo esto, se puso a llorar desconsoladamente y dijo:

“Mañana es la fiesta de mi escuela y no puedo ir por tu culpa”.

Con todo este alboroto y todo este llanto, la madre de la niña revisó bien su cabeza. Vaya sorpresa, ella también tenía unos pequeños huecos de corte de pelo, pero los de ella no se notaban tanto como en la hija.

María, asustada, corrió a su casa, de la cual ya no salió. Sólo se escapaba muy sigilosamente a la playa, porque en realidad tuvo mucha pena y miedo a represalias. Cuando ella tenía miedo, pena y angustia, se refugiaba siempre en la playa. Tenía grandes conversaciones con el mar, porque era el único que no la criticaba ni la regañaba.

La madre de la niña trasquilada tuvo que llevarla a la peluquera para arreglarle el cabello a la pobre niña, pero lamentablemente lo único que pudo hacer la peluquera fue cortarle el pelo al ras. La pobre niña no fue a la fiesta de su graduación de la Escuela Primaria.

Los años pasaron, María tuvo que emigrar a otros sitios para poder seguir estudiando, pero hubo un momento en que se reencontró con la vecina y su hija. Rieron a carcajadas porque ella aún era una niña que siempre experimentaba y que sólo había aprendido con su cabello y con los de sus amiguitas e ignoraba otras clases de cabello. Los recuerdos con esa familia, para María, eran lindos porque con ellos creció y siempre, cuando se acuerdan, ríen y ríen a carcajadas de las travesuras de una niña que siempre imitaba lo que veía; y lo que imaginaba, lo llevaba a cabo, dándose muchas veces portazos muy fuertes y, otras, recompensas muy grandes. Al pasar los años aprendió que es bueno arriesgar, pero, al mismo tiempo, hay que tomar la responsabilidad de los riesgos.

Mi querido lector, la vida es de experimentar, tropezar, fallar, equivocarse; lo importante es saber levantarse cuando uno cae, porque de la equivocación, del tropezar y del fallar también se aprende. Yo diría que eso es de lo único de que se aprende.

En las experiencias, buenas o malas, siempre habrá un aprendizaje. Es mejor tener un recuerdo porque ya lo viviste y no vivir siempre lamentándote por lo que no hiciste. No tener que decir: “Imagínate si yo hubiese hecho esto o estudiado la carrera que tanto me gustaba, o si yo hubiese luchado por desarrollar el don que Dios me regaló, o si yo hubiese luchado por mis ideales o pensamientos que Dios me dio, mi vida sería otra”.

Querido amigo lector, el imaginar es de todos, pero la gran diferencia es el hacer para que quede ese hermoso recuerdo; al menos para decir: “lo intenté, lo hice, pero no se dio”. No importa, al menos ya lo experimentaste y sabes cómo es.

EL MILAGRO

¡N^o lo puedo creer!
Hoy estuve en el médico y me dijo que estoy enferma.
¡Imposible!, porque la virgen siempre está conmigo.

Al norte del mar en el pueblo donde yo crecí, las mujeres casadas sobre todo las amas de casa eran muy religiosas entre ellas había una mujer devota de la virgen que rezaba cada día arrodillada a los pies de la estatua de La Virgen, con la mano en el corazón, pidiendo y besando su vestido. Sus rosarios eran cada vez más extensos y frecuentes y sus idas a la iglesia los domingos eran infaltables. Tenía un grupito de mujeres devotas, igual que ella, que se dedicaban a rezar el rosario todos los días. Sus oraciones eran muy extensas, llenas de llanto con un profundo sentimiento de fraternidad por el prójimo. Ella decía siempre: “Yo sirvo fielmente al señor, sirvo en la Iglesia, guardo los mandamientos al pie de la letra, amo a mis padres, amo a mi marido, y mi hija está creciendo en la iglesia con principios y bases muy buenas, para que ella también pueda servir al señor”.

Hasta que un día, se enfermó de cáncer. A partir de ese momento sus idas a la iglesia aumentaron, se postraba ante la estatua de La Virgen de rodillas, con largas oraciones y sollozos que nunca acababan, haciendo promesas que para ella eran imposibles de cumplir. Ella siempre decía: “La Virgen es milagrosa; yo soy su fiel servidora y ella me hará el milagro”.

Cada vez más entristecida, esperaba el milagro de La Virgen. Ni las terapias ni los medicamentos eran tan importantes para ella, no cumplía jamás con lo que el doctor le decía y mucho menos tomaba en cuenta las medicinas, ya que no las tomaba a las horas indicadas por el médico. Ella esperaba en ruegos, y esperaba muy segura, el milagro que La Virgen le haría. Siguió esperando, esperó tanto, hasta que un día su cuerpo no resistió y murió.

Tan pronto desencarnó, se encontró con La Virgen de verdad. La Virgen era una mujer muy resplandeciente, no se parecía en nada a la estatua a la que ella rezaba siempre. Al verla, ella corrió y cayó de rodillas ante ella y le reclamó diciendo: “Virgencita, madre de Dios, siempre confíé en ti y nunca te dejé; estuve contigo en las buenas y en las malas, y nunca me hiciste el milagro de salvarme. Estaría yo ahora con mi familia si tú hubieses escuchado mis ruegos”.

La Virgen le respondió: “Hija mía, yo siempre estuve a tu lado. El milagro, en ti ya estaba. Te di salud para que ayudaras a tu prójimo y no lo hiciste por estar rogando y pidiendo milagros. Te mandé una enfermedad para que tomaras consciencia y tampoco la aprovechaste por estar rezando y pidiendo milagros. Tuviste la oportunidad de progresar y desarrollarte en

la tierra, y no lo hiciste por estar adorando a una estatua que no tenía ningún poder. Entonces, no te quejes, porque la propietaria de tu poder y vida eres tú, y sólo con existir, respirar y vivir, ya tenías el milagro. Lo perdiste porque el ayudar a Dios no es siempre rezar, pedir y prometer, sino hacer tú el milagro de cumplir tu misión en la tierra”.

Así es, amigo mío, dejamos nuestra responsabilidad a terceros y rogamos y pagamos, mas no cooperamos. Haz las cosas por ti mismo, nunca esperes nada de nadie. Encuéntrate a ti mismo y usa el milagro que la vida ya te dio, es estar viviendo en esta tierra. Crece y de cada experiencia aprende y nunca dejes tus responsabilidades a otros.

MI ORACIÓN

Apenas con una corta edad, yo oraba siempre a Dios, de rodillas, a solas, al pie de mi cama, diciendo: “Señor, no entiendo nada. Soy una niña. Dime lo que tengo que hacer y te obedeceré a ojos cerrados. Dame lo que necesito y también lo que me pertenece. Pero El Señor no me escuchó. Sentí tanto su lejanía... lo buscaba, mas no lo encontraba.

Con los años, caminando, encontré un camino, y me alegré mucho. Volví a orar, como siempre lo había hecho: pidiendo, pidiendo y pidiendo: “Señor, soy tu hija, no me abandones. Dame el pan de cada día, como lo prometiste, y recuerda que estoy aquí esperándote”. Mas el señor tampoco me escuchó.

Sentí lluvias y tormentos que caían sobre mí, al mismo tiempo, sentía al señor alejándose cada vez más de mí. Mis pesadumbres eran muchas, pero seguí orando porque los hermanos en la fe me decían que el que busca encuentra y al que pide se le dará. Entonces mi oración fue otra y dije: “Señor, ten compasión de mí, porque quiero heredar tu reino y subir al cielo como lo hizo tu profeta Elías”. Pero, esta vez, el Diablo y Dios se miraron y se rieron a carcajadas, alejándose de mí.

Cuando desperté de todos los sueños rotos y las pesadillas que, a punta de oración, quise dejar salir, sólo pidiendo por mi beneficio y sólo pidiendo mi salvación, caminé hacia el vacío donde reinaban el silencio y la soledad, y encontré, en lo más alto de la montaña a mi ser, en donde podía escuchar a mi alma, divisoando a lo lejos el mar, del que con tanto amor me había despedido. Depronto, el aire y la brisa del mar me acariciaban el ros-

tro y mi corazón se abrió; mi alma se liberó, mi ser se reconoció. Entonces oré sin dificultad diciendo: “Señor, yo soy el fruto que tú plantaste en la tierra. Tú eres mi presente, mi pasado y mi futuro. Gracias por lo que tengo y por lo que me estás dando, porque no te olvidaste de mí. Perdóname por no haberte escuchado, tantas veces que gritabas desesperado por salir a mi encuentro. Ahora, las puertas de mi corazón están abiertas y juntos caminaremos, creceremos y allí estarás tú como el guía que llevaré siempre conmigo. Serás como unas señales de tránsito marcadas para llegar a mi destino”.

De pronto me sentí más ligera, como si mi espalda botara una mochila que día a día era más pesada para mí. Como un bálsamo que rociaba toda mi piel, poniéndola tersa y joven; botando lo marchito y toda célula muerta que ya no servía para ella; todos los órganos de mi cuerpo se limpiaban; sentía al viento y a la brisa, desde los pies a la cabeza, que me acariciaban y me susurraban palabras de amor.

Allí entendí que la oración no es pedir y pedir como si estuviéramos siempre ordenando a Dios sino también, dejar a Dios que se desplace dentro de mí.

LAS DIEZ LEYES DEL PUEBLO

En un pueblo pequeño y pesquero al norte del país, donde yo nací, había diez jueces, y cada uno de ellos había puesto una ley, y cada ley era considerada importante y buena para cada juez. Entre ellos vivían con comodidad, cada uno con su ley, hasta que un día les visitó un Ángel caído que llegaba con vestiduras blancas de fina seda y dijo: “Hermanos, hay que rifarnos y ver cuál ley es mejor, pues no podemos quedarnos con todas”. Entonces comenzó una disputa entre los jueces. Sus gritos por querer preservar cada uno sus leyes se escuchaban en todo el pueblo. Hicieron una asamblea para ver cuál de estas era la mejor y se presentó cada juez con su ley, explicando los motivos de él y de su ley, y así comenzó la presentación:

El primer juez dijo: “Yo llevo la ley de la vida, porque todos tienen derecho a vivir, porque sin ella nadie estaría en este mundo, y cada año hacemos un estudio de todo ser viviente y seguimos su evolución”.

El segundo juez dijo: “Yo llevo la ley de la muerte, ya que hay que investigarla ¿Por qué nos morimos?, ¿para qué nos morimos? y, ¿qué

hay detrás de la muerte? Ya que todos tenemos derecho a una muerte digna”.

El tercer juez dijo: “Yo llevo la ley del amor, porque sin él nadie querría casarse ni tampoco tener hijos, y el camino de este es muy amplio”.

El cuarto juez dijo: “Yo llevo la ley de la paz, porque sin ella no habría tranquilidad”.

El quinto juez dijo: “Yo llevo la ley de la salud, porque sin ella no se podría vivir y no podríamos tener nada, ni hacer nada”.

El sexto juez dijo: “Pues yo llevo la ley de la felicidad, porque, sin ella, el corazón no reiría”.

El séptimo juez dijo: “Yo llevo la ley de sinceridad, pues, sin ella, todos se mentirían”.

El octavo juez dijo: “Yo tengo la ley de la seguridad y el respeto que, si los combinamos, todos podríamos seguir avanzando, y las personas crecerían en espíritu y descubrirían toda su inteligencia, y pondrían toda su riqueza a favor del pueblo”.

El noveno juez dijo: “Pues yo llevo la ley de la decisión, pues, sin ella, el pueblo no avanzaría”.

El décimo y último juez dijo: “Yo llevo la ley de la religión, sin ella la gente no se acordaría de lo bueno ni de lo malo que hizo”.

Entre ellos se peleaban porque cada juez decía que su ley era la mejor y cada uno tenía un motivo diferente. Mientras se peleaban entre ellos, el alcalde de la ciudad se puso en medio y les dijo: “Señores jueces, ¿por qué no llamamos al juez mayor, que vive en la ciudad vecina? Se dice que es un juez muy justo y muy sabio. De pronto hubo un silencio y entre ellos se miraron, sus ojos se abrieron diciendo: “¡Buena idea!, ¿por qué no pensamos esto antes? ¡Pues traigámoslo!”.

El juez vino hasta la ciudad y escuchó a cada uno exponer sus leyes y escuchó sus razones. Cuando terminó de hablar el último juez de su ley y su razón, el juez vecino dijo: “Mis queridos vecinos, déjenme decirles que esta es una tarea muy fácil. Pongamos todas las leyes en una sola tabla, porque mientras todo esté en una es más fácil respetarlas”. El pueblo tuvo sus diez leyes y a partir de ese entonces reinaba la tranquilidad para cada persona, porque todos encontraron su camino.

La vida y la muerte van juntas. Si tenemos la salud unida al amor, tendremos todo lo demás y estarán con nosotros, unidos, la felicidad, el

respeto, la paz, la sinceridad, la decisión; todo estará sumergido en uno solo, y nuestra religión de cada día sería la verdadera.

Se dice que el juez vecino era un ángel que Dios había mandado a ese pueblo para no desestabilizarlo, ya que el ángel caído era el propio demonio que había llegado para sembrar la intriga.

LA SEÑORITA

Nació una linda niña llamada Dalila, hija de un acaudalado comerciante y de una madre muy elegante. Nacida en cuna de oro y criada con tanto amor, nunca tuvo carencias de nada. Para sus padres era el ángel más hermoso que vino a esta tierra, cada año que pasaba esta niña se ponía más hermosa. Cuando llegó a la pubertad, soñaba con casarse con un príncipe, y siempre decía, mirándose en el espejo: “Mi futuro marido será un príncipe o un rey, porque me lo merezco. Soy una chica muy linda, tengo un precioso cuerpo, fui educada con finura y principios”. Todos los días se repetía lo mismo: “Me casaré con un príncipe o un rey”.

Pasaron los años y, volviéndose a mirar en el espejo, se dijo: “Me casaré con un hombre rico, pero que esté a mi altura. Soy una mujer bonita y todavía estoy a tiempo de encontrarme algo bueno para mí”.

Y volvieron a pasar muchos más años, hasta que se volvió y se puso en el espejo, mirándose, guardando todavía la esperanza de encontrar algo para ella y dijo: “Ahora sí encontraré a alguien. Al primero que se me presente, lo aceptaré”. Y así esperó y esperó.

El tiempo se estaba acabando para ella. Mirándose otra vez en el espejo, vio que su rostro ya no era el mismo, su cuerpo ya no era el mismo y hasta la forma de pensar ya no era la misma, y dijo: “Ahora me contentaría y sería feliz solo con una compañía”.

La vanidad hay que saberla guiar.

LA TÍA Y LA SOBRINA

En un país lejano vivían una tía y una sobrina. Ambas tenían sus respectivas casas. La tía era de contextura un poco gruesa, y digo gruesa

porque no era gorda ni flaca, mejor dicho, ¡era rellenita! Compartía sus días haciendo labores de la casa y ayudando a los enfermos en un asilo de ancianos. A esta señora le encantaba comer sano; todas las cosas que compraba eran siempre orgánicas, así pagara el doble de su precio por cada producto, pero ella siempre decía: “¡La salud es lo primero!”. Pero su cuerpo y su mente luchaban entre sí por controlarse uno al otro. Ella siempre se lamentaba diciendo: “¡Estoy gorda, debo bajar de peso!”. Esas palabras sólo eran palabras, porque la pobre no tenía fuerza de voluntad y se excusaba siempre diciendo: “Tengo mucha ansiedad, no puedo controlarla. Siempre estoy picando pequeñas comidas y, peor aún, no me doy cuenta”.

La sobrina era una chica de unos 25 años más o menos. La textura de ella era muy delgada, pero ella sí que era delgada, aunque le gustaba comer siempre comida chatarra; mejor dicho, comida rápida, grasas, bebidas gaseosas, etc. Se cuidaba mucho, se pesaba en la balanza cada mes y, muchas veces, cada semana. A pesar de que a ella le gustaba comer esas comidas que pueden llegar a engordar rápidamente, ella sí tenía fuerza de voluntad para hacer dieta cuando era necesario y así continuar delgada. Ella tenía un novio que era como ella, ¡tal para cual! Compartían mucho tiempo juntos, incluso, ambos estudiaron cocina en la universidad y decidieron hacer un negocio de hamburguesas caseras hechas por ellos mismos, ¡pues no se imaginan! les fue muy bien y agrandaron rápidamente su capital.

Un día, la tía fue a visitar a la sobrina. Decidió ir a comer a la hamburguesería de esta. Se deleitó tanto que dijo: “Nunca en mi vida había comido tan rico, de verdad, están buenísimas. Te recomendaré con todos mis amigos y conocidos”.

Al otro día, tía y sobrina tuvieron una conversación muy tranquila. La tía, observándola bien, le dijo: “Hija, se ve que la estás pasando muy bien y comiendo muy rico”. La sobrina le respondió: “Amo lo que hago, y el placer de hacerlo y prepararlo uno mismo es una gloria, porque el paladar lo disfruta mucho más”. La tía le respondió: “Es verdad, he probado ese placer y sé qué significa; además”, añadió la tía: “se ve, porque estás gordita”. Entonces la sobrina, sin pensarlo dos veces, le contestó: “Pues sí, tía, es muy cierto. Sólo tú lo puedes comprender. Ya me estoy pareciendo a ti”.

EL PRECIO DE VIVIR EN LA TIERRA

La tía la miró muy aturdida, luego pensó y pensó y, sin tener palabra alguna, se retiró confundida, sin saber si la sobrina la había elogiado o insultado.

Que las opiniones de los demás no te afecten.

MUERTA EN VIDA

María, madre de Jesús, le preguntó a María Magdalena: “¿Por qué lloras?”. Respondiéndole ella:

“El marido que tengo no me toca. Nos saludamos con besitos en la boca, como amigos. Mi cama está desolada, no tiene más pasión. Si acaso mi marido se acuerda de que yo también existo, es al nacimiento de las uvas o cada comenzar de una nueva estación del año. Y el hombre que yo amo está ocupado. A pesar de que yo pienso que él me ama también, pero su amor no es tan grande como yo pensaba. Hasta ahora, ni siquiera me ha dado un beso y, cuando yo lo intenté, el muy cobarde se echó para atrás; es más, me mintió. Cada vez que me veía, fingía amarme, pero de lejos. A pesar de que lo tengo cerca, casi viviendo conmigo, su amor está muy lejos de mí. Para mí, esto es un karma. Yo me pregunto: ¿qué pecado cometí para cargar con este karma? De verdad que ahora lo comprendo, que esto es un karma. No salgo a ningún lado. No voy a ninguna reunión o fiesta. No me llaman la atención los otros hombres. Cada anochecer, mi soledad me acompaña. Y cada amanecer, cuando estoy sola, los únicos que me abrazan son mi cubrecama y mis almohadas.

Por eso lloro María, por eso lloro. Por el karma que estoy cargando dentro. ¿Sabes?, muchas veces pienso que siempre hay dos opciones que son el dinero y el amor, y ninguna de las dos cosas es mía.

Muchos matrimonios están juntos por años, hasta que uno de los dos muere antes que el otro, pero muere en vida. Sobre todo, en las mujeres. Hay muchas muertas en vida y son las que más se dan cuenta, quizás por la desolación y la soledad que les rodea. A pesar de tener un marido al lado y estar rodeadas de amistades, están privadas de la pasión, privadas del sexo, reprimiendo sentimientos, deseosas de ser amadas por la pareja, de sentirse vivas, y son privadas de tantas otras cosas que Dios nos dio para disfrutar. El hombre y la mujer no son iguales, la mujer tiene más

MARIANELA MATHIS

**EL PRECIO
DE
VIVIR
EN LA
TIERRA**

Encuentra tu propio yo
y descubre tu misión en este mundo

ÍNDICE



Introducción.....	11
CUENTOS PARA DESPERTAR.....	17
Los recuerdos vividos.....	17
El milagro.....	19
Mi oración.....	21
Las diez leyes del pueblo.....	22
La señorita.....	24
La tía y la sobrina.....	24
Muerta en vida.....	26
La charada.....	28
Si lo hubiera hecho.....	30
Osito tiene pelitos.....	31
El árbol verde.....	33
LAS FRUSTRACIONES.....	35
Las frustraciones de la vida regresan.....	35
La frustración y el aprencizaje.....	37
La frustración en el amor.....	39
DAR LA OTRA MEJILLA.....	43
Dar la otra mejilla por un amor frustrado.....	44
LA CREACIÓN DEL MUNDO Y LOS CUATRO ÁNGELES PREGUNTONES.....	47
Los cuatro ángeles que dan vida a este mundo.....	51
El aire.....	52
El agua.....	52

EL PRECIO DE VIVIR EN LA TIERRA

La luz.....	53
La tierra.....	53
DIOS ESTÁ DENTRO DE TI.....	55
EL AMOR.....	59
El amor por los demás y el amor por tu persona.....	61
Quererte a ti mismo.....	62
LOS COMPORTAMIENTOS.....	65
EL TRABAJO EN LA VIDA DIARIA.....	69
DATE EL PERMISO DE PERDONARTE.....	73
EL PASADO, EL PRESENTE Y EL FUTURO.....	77
El pasado.....	77
El presente.....	78
El futuro.....	79
LA ORACIÓN.....	83
LAS RELACIONES HUMANAS.....	87
La relación de los hijos con los padres.....	88
La relación de marido y mujer.....	89
Relaciones entre hermanos.....	91
La relación con el amigo.....	92
Relaciones de maestro con el alumno.....	92
LA AMISTAD.....	95
MIRANDO UN PROGRAMA.....	99
LA GUÍA DE TU VIDA.....	101
CAMBIOS.....	109
LASOLEDAD.....	113
LA META.....	117
LA ADOLESCENCIA.....	121
LA PRUDENCIA.....	125
LA PAZ.....	127
LA SABIDURÍA LIGADAS A LOS TEMORES.....	131
EL DECIR SÍ O NO.....	135
LOS OJOS.....	137
LA SEGURIDAD.....	139
La seguridad y el apego.....	140
LA VIDA Y LA MUERTE.....	143
LAS REGLAS O LAS LEYES.....	147

LO QUE NOS MERECEMOS PORQUE LO VALEMOS.....	151
LA FE.....	157
EL MIEDO.....	161
Cómo poner de lado el miedo.....	161
EL NACIMIENTO.....	165
LOS DONES O HABILIDADES QUE DIOS NOS NOS DIO Y NOS PERTENECEN	169
NO DEJES PARA MAÑANA LO QUE PUEDES HACER HOY	171
LA BENDICIÓN Y LA MALDICIÓN.....	177
La bendición.....	177
La maldición.....	179
Cómo quitar la maldición.....	180
EL EGO.....	183
Qué es el ego.....	183
El ego y el alma.....	185
Cómo desaparecer el ego.....	187
TODA ACCIÓN TIENE UNA REACCIÓN.....	191
EL DOLOR HUMANO.....	195
ÉCHAME LA CULPA DE LO QUE TE PASA.....	199
EL ESTRÉS.....	203
TU VIDA ES COMO TU CASA.....	209
LOS HÁBITOS.....	211
LAS IMAGINACIONES.....	215
LA IGNORANCIA.....	219
La ignorancia hermética.....	219
La ignorancia de la fidelidad.....	220
La ignorancia ansiosa.....	221
La ignorancia competitiva.....	221
La ignorancia segura.....	222
La ignorancia presente y futurista.....	223
La ignorancia rebelde y apasionada.....	224
QUERER SIEMPRE SER PERFECTO.....	229
EL CAMINO ANGOSTO Y EL CAMINO ANCHO.....	231
El camino angosto.....	232

EL PRECIO DE VIVIR EN LA TIERRA

LOS ERRORES Y VIRTUDES

QUE TIENE EL SER HUMANO.....	235
La generosidad.....	235
La confusión.....	237
La verdad.....	238
La sencillez.....	239
La valentía.....	239
La solidez o la Firmeza.....	240
LAS CULTURAS.....	241
EL CORONAVIRUS.....	245
FRASES PARA DAR SENTIDO A NUESTRA VIDA.....	249
VISITANDO EL PASADO PARA ALEGRAR EL PRESENTE...	253
POEMA AL SILENCIO.....	255
EL DESCUBRIMIENTO DE MI SER.....	259
ALGO SOBRE MÍ.....	263
EL CUERPO SE DESPIDE.....	267

Este libro terminó de imprimirse
el 12 de enero de 2024
en plena luna nueva.

